

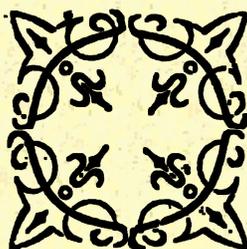
DISCURSOS

LEIDOS EN LA

INAUGURACION SOLEMNE

DE LA

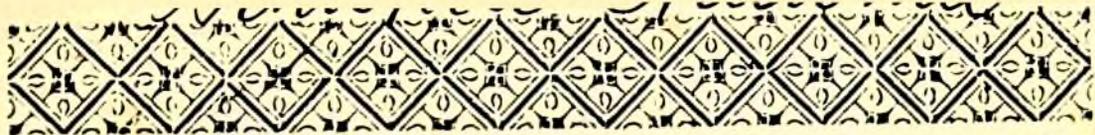
ESCUELA DE SASTRERIA



QUITO

Imprenta de Espejo

1897



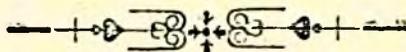
DISCURSO

LEIDO POR

EL SR. D. QUINTILIANO SANCHEZ

EN LA

INAUGURACION DE "LA ESCUELA DE SASTRERIA"



Señores :

“El hombre es naturalmente perezoso y holgazán, y jamás trabaja sino aguijoneado por la necesidad, y, cuando puede vivir sin trabajar, no trabaja para vivir”, ha dicho un filósofo del siglo pasado. El siglo actual, grande época de asombrosos descubrimientos, de movimiento y vida, de animación y entusiasmo, ha traído á menos las aseveraciones de aquel pensador. Por dondequiera el trabajo, en múltiples formas, se ostenta como el titán de cien brazos, tan celebrado por los poetas de la antigua Grecia. Hoy, el que

no trabaja, no vive; el holgazán y el perezoso son plantas parásitas y exóticas, que no hallan ya árboles ni arrimo que las sustenten. El espíritu de las magnas empresas menosprecia el ocio, como el águila al lento cuadrúpedo que se arrastra sobre la tierra; el trabajo agigantado, lleno de inspiración y lozanía, levanta los ánimos, y dignifica y sublima á los hombres. La ley del trabajar se cumple no sólo con resignación sino con placer, con empeño y ahinco, muchas veces prodigiosos, y en ocasiones llevados hasta la abnegación y el sacrificio.

En esta como fiebre ó delirio de vivir mucho en poco tiempo, en este precoz desenvolvimiento de las inteligencias, grandes y pequeños, ricos y pobres, todos han contribuído á la grandeza del siglo que agoniza y se rinde á la postre, como vigoroso atleta después de lucha prolongada. Todos piensan en instruírse y alcanzar la alta alcurnia de la sabiduría y el trabajo, todos se dejan acariciar de las auras halagadoras de la inmortalidad, y se complacen en duplicar sus fuerzas por medio de asociaciones estudiosas, donde la ciencia y la amistad, el trabajo y las gratas confidencias se dan el ósculo de paz y benevolencia.

Nosotros también, pobres ecuatorianos, dígame lo que quiera en contrario, no les vamos en zaga á las demás naciones en esto de progresar. Nos reunimos en sociedades literarias, formamos agrupaciones artísticas, nos estimulamos inmutuamente y buscamos sabios que nos enseñen; y ésto en medio de las revueltas políticas, y á pesar de las tormentas revolucionarias, tan frecuentes en este país, como las lluvias en nuestros valles, como la nieve en las cimas de nuestros Andes. Aves espantadas al fragor del trueno, nos alejamos algunos á buscar abrigo, en donde halle tranquilidad el genio, reposo el atribulado, con-

tento el triste, ocupación el estudioso y honestos regocijos, la amistad. Las asociaciones literarias ó artísticas son los centros pacíficos para los hijos del trabajo, son la tabla del naufragio en medio del desasosegado mar de la malhadada política. En esos como apartados santuarios y escondidos jardines habita la unión, y en sus lindes están de custodios invisibles los ángeles de las hermosas esperanzas. Allá no penetran odios ni venganzas; allá sólo tienen entrada franca la fraternidad y el trabajo.

Señores, si las ciencias enaltecen al sabio, si las artes liberales deleitan con su belleza y granjean al artista, admiración y renombre, también las artes mecánicas reclaman para sí la gloria de la modestia y la utilidad, y nos convidan con sus innegables ventajas, y nos atraen con serena placidez. Son Marta que se anda por ahí en los quehaceres de la casa, preparando alimento, comodidades y solaz para el Divino Sabio, que necesita descanso, para el Sublime Artista que busca esparcimiento para el ánimo fatigado y el corazón padecido.

Y no creáis que las artes mecánicas se estén tan silenciosas en su agradable opacidad, sin que también, por modestas, no tengan consorcio y simpatía con las ciencias. Muchas de estas artes se engalanan con los conocimientos científicos y se aprovechan de ellos para conseguir la perfección de sus obras. Así la hermosa y entretenida carpintería, arte que profesó en la tierra el mismo Dios, llama en su auxilio á la Geometría y otras ciencias; así la útil sastrería tiene maridaje con las Matemáticas, y hasta se hombrea con la anatomía, y armoniza con el arte liberal de la pintura.

Sastrería dije, Señores, y la llamé útil, debiendo apellidarla necesaria, indispensable, esen-

cial y la primitiva entre las artes. Yo considero la sastrería como arte tan antigua como el mundo, y, al primer hombre, como al primer sastre, que adereza su vestido y cose las hojas de la higuera para encubrir la desnudez que quedó patente á causa de la culpa. La sastrería es la primera arte que enseñó un ángel en el mismo paraíso, cuando trazó, cortó y formó la túnica de pieles y vistió con élla á nuestros primeros padres. Fué el primer velo que el pudor y la modestia tendieron sobre la humanidad avergonzada. Esta arte, embellecida después por el ornato, y á veces hasta encarecida por la vanidad y la soberbia, hoy, por la variedad de sus formas y la belleza del trazado, ha conseguido casi ya la perfección, y se ha hecho digna de estudio y alabanza. Ella se encarga de disimular la fealdad ó de hacer campear más la gallardía natural de una persona; élla se acomoda á la pobreza, sin desdeñar el paño burdo y la tela ordinaria, tan bien como se aviene con la exquisita seda y el rozagante raso, y así viste al humilde hijo de San Francisco como al garzón delicado y vanidoso.

Ved, por qué el modesto joven sastre MANUEL CHIRIBOGA ALVEAR se ha hecho meritísimo, y acreedor á nuestros elogios y digno de los estímulos de los buenos ciudadanos. El ha comprendido la importancia de su arte y se ha dedicado á estudiarla con provecho; él es el primero, en el Ecuador, que hermana y enlaza la aguja con la pluma, aquélla para sustentar la vida material, ésta para vivir la vida del espíritu. Las dos obras publicadas hasta aquí para el aprendiz de Sastrería, á fuerza de sacrificios, penalidades y perseverancia, prueban la inteligencia, laboriosidad y patriotismo del fundador de esta

Escuela de Sastrería

cuya inauguración aplaudimos hoy y celebramos.

Nuestros demás honrados y hábiles artesanos, lejos de envidiar á su hermano en el arte, le emularán noblemente y seguirán su ejemplo ; así todas las artes despertarán á nueva vida, y formaranse nuevas agrupaciones para el estudio y el trabajo.

El mismo Señor Chiriboga Alvear fundó también, hace pocos meses, la sociedad literaria que lleva por título el nombre del inmortal autor de *Cumandá*, mi inolvidable amigo y compañero. Así las dos asociaciones creadas por este joven, se estrechan amigablemente y se unen como Marta y María, como si dijéramos la acción se aúna á la contemplación, el cuerpo robusto á la mente sana, y Marta y María juntas se posternan á los pies del Dios que galardona el trabajo material y enriquece la inteligencia del estudioso. Así el sastre, deseoso de saber, dará, á los estudios y á la sustanciosa lectura, el tiempo que le deje libre su arte, y muchas veces, en medio del trabajo apacible, en la quietud del taller, al dar la puntada con la aguja, aliviará su labor con el recuerdo de las bellas letras, y con la conversación que ilustra y enseña, amenizará los instantes en que las tijeras corren veloces por entre las dibujadas líneas de la tela.

El artesano ilustrado, en cuanto es dable y compatible con su posición social y la importancia de su arte, hará de su taller un segundo hogar, donde se alberguen la honradez, y el amor al trabajo y al estudio.

El artesano que bendice sus faenas, siempre está con Dios, y jamás cae en la forzada jactancia

de negarle; porque sabe muy bien que Dios impuso el trabajo para hacer al hombre más llevadera su existencia. Si, Señores, el verdadero hombre del trabajo nunca es ateo.

Oh! dejadme decir una franqueza, pues la ocasión la hace natural. Envidio de veras la vida del artesano honrado y pacífico, que gana el sustento sin grandes inquietudes y se aduerme dulcemente fatigado por el cotidiano afán de su arte. Creedme que, si fuesen realizables mis deseos, yo cambiaría mis treinta años de estudio con la posesión de una arte útil, con tal de que en élla fuera sobresaliente. Cuán tranquila correría mi ya avanzada existencia, aunque quedara más obscura y desconocida.

Alabemos, por lo mismo, al artesano honrado y estudioso. Si la felicidad es hada fugaz y luminosa que, como sombra, huye de nuestras miradas, sólo puede llamarse feliz, relativamente aquí en la tierra, el que cree serio y vive contento en medio del trabajo y la quietud. Dejémosle al artesano el sosiego de su taller, y no le inquietemos con aspiraciones á grandezas, con las cuales jamás ha fantaseado, y le veremos feliz para sí y su familia, útil para la sociedad.

Oh! si también la juventud noble, activa, emprendedora, acudiera á los talleres. Las artes mecánicas se enaltecerían más, cobrarían mayor prez y honor, y no veríamos hombres faltos de trabajo y sobrados de necesidades.

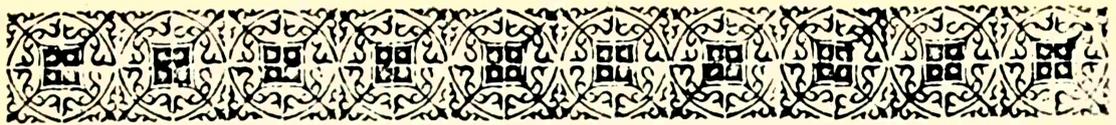
Para nuestra juventud sólo hay dos anchas y muy trilladas sendas: las dos carreras que llaman profesionales, de Jurisprudencia y Medicina; y, como no se descubren nuevos caminos ni se dilatan otros horizontes, por fuerza casi todos se dedican á estas ciencias, y en tanto número, que en lo por venir, habrá en la República más abogados que pleitos y más médicos que enfermedades.

A falta de otras profesiones científicas, conságrense algunos á las artes meccánicas, y ennoblézanlas, y sean los campeones del trabajo y la constancia.

Oh! feliz, Señores, el artesano sobrio, virtuoso, digno, cuyo cuerpo se avigora con el trabajo, cuya alma se alegra con el deber cumplido. Tristes de los que, en largos años de estudio, hemos debilitado la salud, sin lograr fortuna para los últimos días de la vida.

Trabajad, modestos artesanos, labraos esa corona de la vida honrada, vosotros, á cuyas puertas casi nunca llega el espectro aterrador de la miseria.





DISCURSO

Leído en la inauguración de la Escuela
de Sastrería, por el Sr. Carlos Eduardo Moncayo,
miembro representante de la "Sociedad
Juan León Mera"



Señores :

Permitid que en esta ocasión solemne os dirija la palabra un desconocido y humilde hijo del pueblo, que impulsado por el deber, si sagrado, oneroso, que le impusiera la voluntad de sus consocios, viene á ofrecer una violeta al héroe de esta fiesta, al insigne artesano que, merced á *propios esfuerzos*, ha logrado levantarse y ceñir su frente con la inmarcesible corona con que se ciñen los varones de la industria, los trabajadores abnegados y los noblemente ambiciosos de la gloria de su Patria.

No hallaréis en mis frases nada de armonioso, nada de grande, fuera del objeto que os ha reunido en este recinto, donde, con vuestra presencia, dais

realce á la clase trabajadora y la impulsáis á que, levantando su mirada al firmamento, no ya cual reptil, sino cual cóndor andino, trasmonte presurosa la escarpada pendiente que conduce al templo de la gloria.

La “Sociedad Juan León Mera”, apenas naciente, diminuta y desconocida, no ha querido, tratándose del mejor día de su fundador y Presidente, guardar silencio, y ha elegido al más humilde de sus miembros para que, al magnífico concierto de ideas de los hombres de letras, una su vacilante voz y de, así, una prueba de que, quien tiene amor por la humanidad y procura su desarrollo, no cosechará abrojos sino más bien se conquistará el amor, la gratitud y el imperdurable recuerdo de sus conterráneos. Para expresaros estos sentimientos me veis aquí, Señores, obligado á un sacrificio, pisando esta tribuna donde tan sólo á hombres de méritos les es permitido subir; pero vosotros tendréis indulgencia y me dispensaréis, ya que obediencia es la *consigna* que guía mis pasos y la que me ha colocado en este lugar, sin mérito ninguno para ello.

Si las glorias de un miembro de una asociación cualquiera son glorias comunes, nada más justo, Señores, que los de la “Sociedad Juan León Mera” hagan suya esta festividad y que en su nombre, os den las gracias, porque con vuestra asistencia habéis probado claramente, que pasaron ya las preocupaciones que tenían como enervado y amilanado el ánimo del hijo del pueblo. Sin estímulo para seguir la ruta comenzada, sin aliento en los momentos de decadencia, ha visto ahogarse sus empresas entre la burla sarcástica y la invectiva estólida y mordaz; mas hoy sopla, al parecer, aire más puro, más benéfico, y los esfuerzos del artesano, son aplaudidos y estimulados, con el más poderoso de los estímulos, la

presencia de los Magistrados de la Patria, de los dignos representantes de las Repúblicas nuestras hermanas y de los preclaros literatos de la nuestra.

El estímulo, la voz de aliento, he ahí, Señores, las palancas poderosas que han levantado á los pueblos y los han impulsado hacia el verdadero progreso; el estímulo, la voz de aliento, he ahí las *Sibilas* que anuncian el porvenir á las naciones y las guían felices hacia el alcázar de la inmortalidad; el estímulo, la voz de aliento son atractivo poderoso, las barquillas milagrosas que sacan flotantes, del naufragio aterrador de la ignorancia, á centenares de inteligencias que, más tarde, serán la honra de la sociedad, el alivio de sus familias y los centinelas avanzados de los intereses de la República.

Grande misión reciben de la Providencia los favorecidos por Ella con un destello de luz divina. A ellos les toca guiar á los demás por los rectos caminos del deber, del honor y la justicia, y mostrarles, y con el ejemplo enseñarles la senda si difícil, forzosa, para llegar al término de la jornada del trabajo y de la gloria.

Ah! y qué diremos del apoyo preferente que los gobernantes deben prestar á la clase trabajadora? . . . Basta, á mi ver, pensar en lo que hubiera sido la América sin el auxilio de los Reyes de España. Estaría de asiento predilecto de la atonía moral, de la barbarie y de la muerte; y he dicho de la muerte, porque pueblo que no raciocina y piensa, es pueblo que no vive y tiene adormecidas las aspiraciones que dignifican y engrandecen. Por lo mismo, gobernante que no presta este apoyo á la clase en quien están vinculadas las esperanzas de la Patria, es gobernante inerte y ni siquiera merece llevar el nombre de gobernante de un pueblo.

Cuán hermoso es, Señores, contemplar á unas naciones felices colocadas ya como en el pínaculo de su engrandecimiento, sondeando, con sus sabios, los arcanos de la naturaleza y revelando al mundo nuevos descubrimientos y prodigios; mientras otras permanecen estacionarias, no tanto por sus pocos años de existencia política, no por la falta de aptitudes, sino por la de estímulo, por la de apoyo.

Por eso hoy la clase trabajadora debe vestir de gala y entusiasmada desbordarse en aplausos, ya que este día es como el festejo de su exaltación y progreso.—Ahí tenéis, Señores sastres, instrumentos que os facilitarán el trabajo y os harán economizar el tiempo que, según la fórmula de la gran República, es oro de subidísimos quilates. Ahí tenéis, “El Medidor Rápido”, invento de un modesto ecuatoriano, invento que, reemplazando la cinta métrica, os hará en verdad rápidas vuestras labores. Ved los libros que os enseñarán á despreciar la rutina y dándoos instrucción científica, os harán artesanos instruídos.

Y á vos, pleclaro artesano, abnegado patriota, quédeos la satisfacción del deber cumplido; no esperéis la recompensa de vuestros afanes y desvelos, ya que habéis trabajado por vuestra genial inclinación de hacer el bien y en esto ponéis vuestra gloria, aunque la gratitud, flor bastante rara, no venga á orlar vuestra frente.

Si la envidia y la emulación os salen al paso, despreciadlas y, con carácter de espartano, seguid adelante, teniendo presente que, “por mucho que nos admire el que algunos se levanten sobre los demás hombres en alas de la inteligencia, el deseo de alcanzarla no basta para que sea con nosotros tan valioso dón. En esto, las pujantes fuerzas del estímulo picado por el amor propio, se estrellan contra lo imposible. En vano la débil espa-

daña disputará la cumbre á la palmera, y el tardo buey hará muy mal en irse á la meta con el gamo. Llovidos bajan del cielo ciertos dones, cual llovió en el desierto alimento para Israel. Y si la inteligencia aparece reforzada por las virtudes y el saber, el que las posee obliga, no ya á la admiración estéril, más aún al respeto, al amor, á la veneración misma de los hombres y los pueblos”.

He dicho.

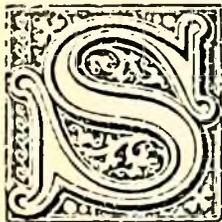




LA CONSTANCIA EN EL TRABAJO

ODA

LEÍDA POR EL AUTOR, EN LA UNIVERSIDAD
DE QUITO,
CON MOTIVO DE LA INAUGURACIÓN SOLEMNE
DE LA ESCUELA DE SASTRERÍA



SI DE mi baja lira el ronco acento
Adormecer á la maldad pudiera,
Yo, yo calmara el viento
De la discordia que sañuda impera ;
Y el hombre, entonces, ante mí viniera

A escucharme viniera ; y yo, inspirado
Y sostenido por afecto inmoble,
Cantara en selva y prado ;
Y ablandaría el corazón de roble
A la constancia en el intento noble.

Sí, cantaríá, en tono que despierte
Al universo en una y otra parte,
Glorias del hombre fuerte.

Que, con el cetro del saber y el arte,
Del trabajo defiende el estandarte.

¡ Y si me oyeran ¡ ah ! cuántas naciones
Que viven arrastrándose y porfían
 En matar altos dones,
Y cuántas que del Cielo desconfían
Honradas y felices no serían !

Y el Ecuador también, la ninfa amada
Que entre palmeras suspendió mi cuna,
 Servida y encumbrada
Pudiera estar, por mágica fortuna,
Sobre el cerco del sol y de la luna.

No falta el numen á mi Patria ardiente,
Joven no bien salida de la infancia :
 Fáltale, solamente,
El trabajo que aumenta la abundancia,
Y, en el trabajo, estímulo y constancia.

Atenas, de sus pálidas cenizas
Se yergue más constante, y, gigantea,
 Venciendo en roncadas lizas,
Ofrece, del trabajo á la alma dea,
El laurel de Micalé y de Platea.

Y en las ondas lucientes del Cefiso,
Después, la gloria sin cesar se mira ;
 Y al cadencioso Iliso,
Que ya va hiriendo de cristal su lira,
Augusto canto el Partenón te inspira.

Aceros invencibles á sus plantas
Rodar vió Grecia. ¡ Y bajo sus dinteles,
¡ Oh ! cuántas veces, cuántas
El Lacio se mostró, con sus laureles,
A coronar á Homero y Praxiteles ?

Quieren del Po los águilas guerrerras
Abatir en regiones apartadas
Criminales banderas
Y luchan ; pero tornan rechazadas
Y heridas ; mas con brío y esforzadas ;

Pues sólo el mal con miedo retrocede,
Y se derrumba en despreciable ruina.
Cuando del bien procede,
La constancia es virtud, virtud divina ;
Y la virtud, al fin, vence y domina.

Roma triunfó. El etrusco, el bravo etolio,
El universo mismo, reverente,
Acudió al Capitolio :
Y es que la tierra no ha brotado gente
Que no doblara ante el saber la frente.

Y circuló por una y otra arteria,
Con rápido fluír, siempre fecundo,
La raza de la Hesperia ; (1)
Y el orbe apareció bello y jocundo,
Pues era Roma el corazón del mundo.

(1) El nombre de Hesperia corresponde, originariamente, á los pueblos que viven sobre las riberas occidentales del Adriático y el mar Jonio. Andando el tiempo, los romanos, instruídos por los griegos, llamaron también Hesperia á toda la región Ibera.

¡ Oh trabajo divino ! tu aproximas
La verdad á los hombres, y con celo
Les buscas y sublimas !
¡ Oh Constancia feliz ! con tu desvelo,
Cómo trasformas en edén el suelo !

Por élla, sí, la florentina musa
Las alas sacudió. Desde el Tirreno,
Bañada en luz profusa,
De los astros voló al purpúreo seno,
Allá, sobre ese azul, azul sereno.

Y por élla el buril y la paleta,
Y el cincel de Ghiberti soberano
Que el flamenco respeta,
Unidos, alza con potente mano,
Sobre el Alpe ligur, el Vaticano.

Como estrella que alumbra y que se apaga,
Ha de lucir hasta el postrero día,
Encantadora y vaga,
La lumbre de la trémula armonía
Que en el cerebro de Bellini ardía.

¿ Y el Ligurino, el inmortal creyente,
No puso ante Isabel ¡ cuán grande hazaña !
Un regio continente
Que con oro purísimo se baña,
Y pesa más que la anchurosa España ?

Los pueblos que generan en la playa
Del Gangético golfo y escondidos
Al pie del Himalaya,

¿ No estuvieron en polvo convertidos
Y en la nada sus hechos confundidos ?

También de los pomposos faraones
Ya la memoria fenecido hubiera.

¿ Quién de aquesos varones
Altos prodigios relatar pudiera ?
¿ Quién, al menos sus nombres, conociera ?

¡ Mas no muere el trabajo vigoroso !
¿ Cuándo, sino, veremos que sucumba
 De Memfis el coloso ?
Por más que allí la destrucción retumba,
Él vela firme de África en la tumba.

¿ Quién, de Lawrence (1) la rueda, á giro eterno
Arroja, y del cansancio la desliga ?

¿ Quién mantiene el infierno
De la fragua que, en Worcester, fatiga
Al duro hierro y á ceder le obliga ?

¿ Quién lanza al ponto el árbol corpulento
Del raudal Michigán, y quién tritura
 El metal opulento
Y en la copela ignífera le apura ?
¡ Sólo el trabajo, en sin igual locura !

¿ Por quién el pueblo que dormía oculto
En torno al Erie, su poder desata,
 Y en medio del tumulto

(1) Pronúnciese LAURENS, á fin de no estropear los fueros del idioma inglés.

De naciones descuella, se arrebatada,
Y del bóreas al austro se dilata?

¿ A quién da el suelo su astro esplendoroso,
Y quién de ese astro acrece la pureza,
Con trabajo ingenioso,
Hasta que en élla el iris, con viveza,
Retrate de los reyes la grandeza ?

Sólo el continuo afán, él sólo puede
Dar robustez al tremulento brazo ;
Y Natura concede
Los tesoros que abriga en su regazo,
Sólo á quien rompe de la inercia el lazo.

¿ Y la desidia se mostró cargada
Con riquezas del Ganges y el Pactolo,
O, la mano pesada
Tendiendo el lino, del feroz Eolo
Supo triunfar para avanzarse polo ?

¿ La inconstancia será quien los pulmones
Vigorizó á la furia ponderosa
Que, cual los aquilones,
Cruza barrancas y la selva hojosa,
Páramo y plano en plétora espantosa ?

¿ Quién al flúido aquel que desazona
Con su estallido al hombre, audaz sujeta,
Amansa y aprisiona,
Y le ordena alumbrar nuestro planeta
Y repetir los cantos del poeta ?

¿ Qué dioses en la Arabia calcinante,
Con mano poderosa destrozaron,
Por bien del mercadante,
El muro que los tiempos afirmaron
Y en su furor dos mares respetaron ?

Obra inconclusa, es casi inútil obra ;
Y empresas no hay, por lo difícil, malas
Do la Constancia sobra.
Sin élla, el genio no ha ver sus galas,
Ni, aun sobre el nido, le alzarán sus alas.

Todo es tuyo ¡ oh mortal ! Si aquí no cabes,
Sube al espacio do el Olimpo truena,
Como suben las aves ;
O náda, envuelto' en refulgente arena,
Por el fondo del mar, como sirena.

¡ Alimentad las ansias del trabajo !
No alcanzó elogio aquel que, sin prudencia,
La constancia distrajo,
Y si al trabajo hizo alguien resistencia,
Cebose en él la criminal violencia.

¡ Surge, oh trabajo ! El anhelar contino .
Te dé, por fin, su melindrosa rama ;
Y si es caer tu síno,
Cáe deshecho por tu propia llama
Y digno del aplauso y de la fama.

Antonio Alomía Pl.

Quito, Agosto 15 de 1897.